

LA ECONOMIA DOMINICANA Y EL PARTIDO AZUL

Por Frank Moya Pons

EL QUE LOS AZULES LLEGARAN AL poder en 1879 y se instalarán en él definitivamente no fue por casualidad. Durante unos veinte años los cibaños habían estado luchando contra los grupos oligárquicos y burocráticos del sur para imponer un estilo político basado en las teorías y doctrinas liberales de la época. Durante todo este tiempo la lucha fue ardua pues los cibaños tuvieron primero que afrontar la oposición de las provincias del sur que en 1858 se resistieron a organizarse democráticamente en la forma que establecía la Constitución de Moca. También tuvieron que luchar durante dos años contra Santana y los españoles para reconquistar la soberanía y restaurar la República conforme a la misma Constitución de 1858. Más adelante tuvieron que luchar contra Báez y sus seguidores rojos para impedir que el país fuese vendido a los Estados Unidos y para derrocar la tiranía que se instituyó bajo los postulados de la Constitución de 1854 que había compuesto Pedro Santana para gobernar conforme a los intereses de la sociedad sureña. También tuvieron que luchar los azules contra sus mismos hombres que, imbuidos en un pernicioso militarismo caudillista, en varias ocasiones quisieron asaltar el poder amparados en los generales y guerrilleros que surgieron de la noche a la mañana durante la guerra de la Restauración.

Durante todo ese tiempo, el partido azul fue el partido de los intereses tabacaleros cibaños, esto es, el partido que expresaba mejor la naturaleza de una sociedad rural y mercantil basada en una economía agrícola estructurada en torno a la explotación intensiva de pequeños predios cuyo producto era comercializado a través de una complicada cadena de relaciones económicas que involucraba a la totalidad de la población cibaña. El partido rojo, en cambio, fue el partido de los grandes propietarios ganaderos y madereros sureños o norteños cuya fortuna y poder personal derivaban de la posesión de extensos territorios explotados por una masa de peones dependientes

de sus amos debido a la poca productividad agrícola de las tierras de aquella región.

Durante la Primera República y, luego, en los años posteriores a la Restauración, el Cibao y el Sur se comportaron como dos países diferentes e independientes entre sí y, al mismo tiempo, segregados política y socialmente. La falta de caminos hacía las comunicaciones entre estas dos regiones sumamente difíciles y, por ello, sus habitantes estaban ligados más directamente a los mercados compradores de sus productos que hacia el intercambio interregional. Como las dos regiones producían mercancías diferentes con distintos mercados, así vemos que mientras el Sur y Santo Domingo estaban orientados hacia Inglaterra, Curazao y Saint Thomas, el Cibao y Puerto Plata lo estaban hacia Hamburgo, Bremen y también Saint Thomas. La caoba llegó a ser la base de la economía sureña, así como el tabaco fue la base de la economía cibaeña.

La caoba llegó a constituir el alma y nervio de la vida económica de la capital de la República y los más conspicuos representantes del sur hicieron sus fortunas gracias a la explotación y exportación de esta madera. El mismo Buenaventura Báez vivió durante muchos años, antes de ser Presidente de la República, de los extensos bosques de caoba que había heredado de su padre. En el Sur los cortes eran muchos, pero con pocos dueños. En cambio, en el Cibao el tabaco llegó a ser la vida de toda la economía de esa región. Su explotación se realizaba en empresas familiares que explotaban pequeños lotes; pero muchas pequeñas cantidades de tabaco sumaban una gran producción cada año. En el Cibao casi todo el mundo trabajaba por sí y para sí, aunque en última instancia dependiera de los financiadores de la producción tabacalera que eran los grandes comerciantes exportadores e importadores de Puerto Plata que hacían de agentes de los compradores de tabaco de Saint Thomas, Hamburgo y Bremen.

Estas producciones tan diferentes —tabaco y maderas— que se desarrollaron debido a condicionamientos ecológicos y económicos tan diversos, terminaron conformando dos sociedades bastante desiguales con modo de pensar igualmente distintos. De acuerdo con los informes de los viajeros y cónsules extranjeros de aquella época, en el Sur era evidente la inexistencia de una agricultura sistemática a diferencia de las provincias norteñas en las que la agricultura era la principal actividad económica de sus habitantes. El Sur vivía de una economía recolectora que no estimulaba la

realización de un trabajo creador entre la población de aquella región pues las maderas no se cortaban más que de temporada en temporada y el resto del tiempo lo pasaban holgando sin hacer nada. La baja productividad de la tierra no los entusiasmaba tampoco a dedicarse a la agricultura.

El Cibao, en cambio, con una agricultura y una industria establecida en el siglo XVIII, mantenía ocupada a toda su población en la producción cíclica del tabaco poniendo en marcha la totalidad de las energías de la región. El tabaco era una industria multiplicadora del trabajo y del ingreso y, por tanto, democratizante en sus efectos sociales. No sólo trabajaban en la producción del tabaco los campesinos que lo sembraban, sino también las mujeres que lo recogían y preparaban, los hombres que lo enseronaban y lo empaquetaban, los dueños de recuas que lo transportaban a los pueblos y luego al puerto de embarque. En los talleres había gente que trabajaba en la fermentación y empaque hasta que era estibado en los buques en que se exportaba.

Todo este proceso ponía en movimiento una enorme masa de agricultores con sus familias, de recueros, peones, fabricantes de sogas, fabricantes de serones, empacadores, andulleros, cigarreros, comerciantes, negociantes, prestamistas y corredores de la comercialización de la cosecha. También daba lugar a un dinámico ciclo económico al poner en circulación una gran masa de numerario que estimulaba la importación y venta de mercancías para satisfacer la demanda de una población numerosa que ganaba dinero regularmente y consumía toda clase de artículos. Por eso el Cibao era una región activa, emprendedora y laboriosa, según narran los viajeros y cronistas que anduvieron por sus provincias a mediados del siglo pasado.

Y por eso también los cibaños resultaban permeables a las ideas de igualdad y libertad humanas que propagaban los liberales europeos y americanos a mediados del siglo XIX. En una sociedad como la suya en donde la riqueza estaba mucho más repartida que en el Sur, los cibaños debían tender mucho más naturalmente hacia la democracia que los sureños, cuya riqueza y propiedades estaban concentradas en manos de un pequeñísimo número de grandes propiedades, herederos de las tierras, del prestigio y del poder social y político de la antigua élite burocrática colonial que, aunque empobrecida en los siglos anteriores, pudo reponerse económicamente gracias al comercio de las maderas y pudo continuar ejerciendo su

influencia durante la Dominación Haitiana entre 1822 y 1844. Influencia ésta que los sureños no permitieron a los trinitarios gozar plenamente cuando Duarte fue proclamado Presidente en el Cibao y que tampoco quisieron aceptar que los cibaños compartieran en 1848, ni que ejercieran luego en 1858 ni en 1865.

Las luchas entre rojos y azules de 1865 a 1879 fueron la pugna entre los muchos caudillos que las guerrillas de la Restauración pusieron en circulación en la vida política dominicana, pero también fue la pugna entre dos sociedades estructuralmente diferentes, que poseían dos economías disímiles, dos estilos de pensamiento y dos concepciones políticas antagónicas.

Con la crisis que confrontaron los exportadores de caoba al final de la Primera República debido al alza de los costos de su producto causada por el paulatino alejamiento de los cortes de maderas que cada vez se iban distanciando más y más de los ríos y puntos de embarque, los capitales que hubieran podido servir para financiar la política de los rojos en los años que siguieron a la Restauración desaparecieron y forzaron a sus líderes, en especial a Buenaventura Báez, a buscar empréstitos en el extranjero que terminaron sumiendo a la República en un mar de complicaciones internacionales. Esta crisis de la caoba favoreció al Cibao y a los azules a largo plazo, pues los cibaños siempre contaron en su favor la existencia de una economía de producción permanente ligada al cultivo intensivo de la tierra y no a la explotación de bosques que con los años se agotaban y tardaban décadas en reponerse. Por esa razón, los nuevos cortes de madera que aparecen después de la Restauración surgen en el Norte, en las costas de Puerto Plata, y en el noroeste, en la cuenca del río Yaque, para embarcarlas por Montecristi.

Fue precisamente la permanente capacidad de autofinanciamiento del Cibao lo que mantuvo el partido azul consolidándose progresivamente durante los años de 1865 y 1879, aun a pesar de numerosísimas dificultades. Y fue precisamente la riqueza cibaña, basada en el tabaco, lo que permitió a Gregorio Luperón contar con un crédito continuo de parte de los comerciantes cibaños y de Saint Thomas para financiar las continuas revoluciones que él y su partido levantaron contra Báez en el curso de este período. Luperón terminó siendo financiador de su propio partido y de los gobiernos de su partido al hacerse socio de los grandes comerciantes que negociaban invirtiendo dinero en las revoluciones. Pero el hecho que importa es que el triunfo final de los azules fue el triunfo del tabaco sobre las

maderas y, por ende, el triunfo del Cibao sobre el Sur.

Los azules alcanzaron el poder en 1879 en los precisos momentos en que comenzaba a desarrollarse en el Sur una nueva industria a consecuencia, indirectamente desde luego, de la guerra de Restauración. La industria azucarera moderna apreció en la República Dominicana luego que se produjo una masiva inmigración de exiliados cubanos que vinieron al país a causa de la primera guerra de la independencia de Cuba, que comenzó en 1868 y terminó en 1878 con el llamado Pacto del Zanjón.

La Restauración estimuló a los patriotas cubanos a lanzarse a la guerra con la finalidad de expulsar a los españoles del suelo de Cuba como lo habían hecho los dominicanos del suelo de Santo Domingo. Desde los mismos comienzos de la guerra, muchos cubanos emigraron hacia la República Dominicana y en pocos años llegaron a nuestro país unos 5,000 exiliados, muchos de los cuales lo pasaron bastante mal porque fueron perseguidos por Buenaventura Báez y luego por Ignacio María González, cuyos gobiernos querían mantener buenas relaciones con el gobierno colonial español. Tan pronto como Báez fue derrocado y los azules pudieron actuar libremente, Luperón y sus amigos políticos les ofrecieron y dieron la mejor acogida y ayuda a todos los patriotas cubanos y puertorriqueños que llegaron al país, especialmente por Puerto Plata, en busca de refugio o de ayuda para independizar a sus países.

De estas relaciones resultaron hechos muy importantes. Uno fue que Puerto Plata y Santiago se beneficiaron muchísimo con la presencia y actividades de numerosos profesionales y hombres de empresa e intelectuales de esas islas que decidieron radicarse en el país creando un clima de cosmopolitismo y de avance cultural hasta entonces desconocido en ciudad alguna de la República. Muchos de esos cubanos, que eran gente muy educada, casaron con dominicanos y dominicanas y fundaron familias en el país. Pero el hecho más importante que produjo esa inmigración fue la decisión que tomaron algunos cubanos de invertir los capitales que habían traído consigo en la compra de tierras para hacer plantaciones de caña y construir molinos industriales para fabricar azúcar en forma moderna, esto es, utilizando maquinarias de vapor y empleando ferrocarriles para transportar la caña. La apertura y construcción de esas centrales azucareras comenzó en el sur y en el este, que era donde la tierra era más barata y donde había una tradición azucarera todavía viva en las zonas cercanas a la Capital.

Las primeras concesiones para construir esas centrales azucareras se hicieron en el gobierno de González, pero el verdadero estímulo político y económico para que esos inversionistas se decidieran a aportar sus capitales se debió a la política del partido azul de fomentar y proteger la inversión y la inmigración de extranjeros como un medio para favorecer el desarrollo económico y social del país. El "progreso", creían los azules, sólo era posible si los dominicanos lograban atraer suficientes inmigrantes y capitales para facilitar el desarrollo de la agricultura y la industria en el país. De manera que esas teorías económicas terminaron por ser aceptadas por la mayoría y durante estos años los extranjeros pudieron obtener todas las concesiones que quisieron para instalarse en el país.

El primero que fundó un ingenio azucarero fue el cubano Joaquín Manuel Delgado en 1875 en la zona de San Carlos, adquiriendo para ello 5,000 tareas de tierra e importando las maquinarias, trenes y rieles para transportar la caña y fabricar el azúcar. A partir de ese año las inversiones se multiplicaron y ya en los siete años siguientes se fundaron 30 haciendas de caña e ingenios azucareros con una impresionante inversión de 21 millones de pesos, equivalentes a unos 6 millones de dólares, que era varias veces el monto del presupuesto nacional. Los propietarios de todos estos ingenios fueron extranjeros pues a los cubanos siguieron norteamericanos e italianos que terminaron controlando la industria azucarera.

El impacto de esta inversión se hizo sentir inmediatamente en el Sur al atraer a los dueños de tierras a venderlas por precios que ellos nunca soñaron que alcanzarían, aunque siempre muchísimo más baratas de lo que hubieran costado en Cuba, en Puerto Rico o en Luisiana. Muchos de estos dueños eran campesinos que resultaron atraídos por los altos salarios que pagaban los centrales en relación con lo poquísimo que podían hacer en sus predios. Muchos optaron por vender sus tierras a los ingenios e irse a trabajar como peones y obreros a los centrales, produciéndose así, en poco tiempo, un proceso de desposesión de la tierra de los pobladores de las zonas cercanas a la ciudad en favor de los ingenios.

Además de estos efectos, la industria azucarera, que ya en 1880 se encontraba en pleno desarrollo, produjo la quiebra de numerosos trapiches rurales que funcionaban en los campos del sur, particularmente, en las cercanías de San Cristóbal, Baní y Azua pues estos pequeños establecimientos ahora no podían competir con las monstruosas cantidades de azúcar que los centrales producían a un

costo mucho menor y con una calidad superior a la tradicional raspadura de melado de los campos dominicanos.

Y más importante todavía que estos efectos fue que el desarrollo de la industria azucarera coincidió con un período en que el tabaco dominicano empezó a ser rechazado en sus tradicionales mercados europeos debido a su mala calidad por el deficiente tratamiento y curado que se le daba a la hoja, desacreditándose frente a los compradores que terminaron prefiriendo los tabacos de otros puntos del Caribe. Irónicamente, en 1880, cuando los azules llegan al poder gracias al respaldo del tabaco, este producto empieza a perder mercado en Europa y a dar paso al azúcar como el principal producto de exportación.

Además de azúcar, también empezaron los dominicanos de algunas zonas del país a producir café y cacao en estos años, gracias a los buenos precios que alcanzaron estos productos en Europa y en los Estados Unidos. El mismo Luperón, después de ejercer el poder y de viajar por Europa como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Gobierno, decidió cerrar su casa de comercio en Puerto Plata y hacer una finca de caña y varias de café, cacao y otros frutos con la intención de colocarlos en el mercado de Nueva York. A juicio del más importante pensador azul de aquellos años, Pedro Francisco Bonó, el descuido del tabaco y el favor que se le estaba dispensando al azúcar, al cacao y al café iba a resultar perjudicial para el bienestar social del país, porque, decía Bonó, el cacao y la caña eran negocios de la gran propiedad y de los grandes propietarios con grandes capitales que no favorecían a la masa campesina que era, en última instancia, en quien descansaba el progreso del comercio y la producción de la riqueza tradicional del país.

Lo que Bonó quería decir, también, era que el desarrollo de la industria azucarera estaba despojando de las pocas tierras que tenían a los campesinos del Sur y del Este del país y los convertía en una masa de proletarios agrícolas sin futuro sujetos a los vaivenes de un producto dependiente de las alzas y bajas de los precios en el extranjero que sólo ofrecía trabajo durante la zafra, pues mientras no se cortaba caña "el tiempo muerto" dejaba cesante a casi todo el mundo con la consiguiente miseria y endeudamiento de aquéllos que en un tiempo fueron peones o campesinos con por lo menos un pedazo de tierra en donde vivían de una agricultura de subsistencia, que aunque no producía para el mercado, por lo menos les ofrecía víveres y frutos para su manutención diaria. Un efecto notable de la

industria azucarera a los pocos años de su desarrollo, fue la escasez de frutos y víveres en la ciudad de Santo Domingo a consecuencia de haberse convertido en campos de caña todas las tierras circundantes, desapareciendo los pocos conucos y estancias que anteriormente existían. .

Pero la industria azucarera también significaba algo más, y esto era que en el correr de los años, el polo económico del país, que en las últimas dos décadas había girado en torno al tabaco cibaño, ahora empezaría a desplazarse hacia el azúcar sureño al convertirse Santo Domingo en pocos años en un centro financiero tan importante como Puerto Plata gracias a las transacciones que producía la actividad de la industria azucarera en sus alrededores. Con el tabaco en baja, como se mantuvo durante todo el resto del siglo XIX, ahora los gobiernos tendrían que recurrir al azúcar para aumentar sus entradas o para buscar el apoyo financiero que eventualmente les hiciera falta para mantenerse en el poder.

Eso fue lo que ocurrió en más de un sentido. En 1879 cuando Luperón instaló su Gobierno Provisional en Puerto Plata nombró Delegado en Santo Domingo, el Sur y el Este a su lugarteniente el General Ulises Heureaux, quien también fungió durante ese año como Ministro de Guerra y Marina. Durante la Presidencia de Meriño, Heureaux siguió residiendo en Santo Domingo y ejerciendo el cargo de ministro de Guerra y Marina, con pleno control de las fuerzas armadas dominicanas. De 1882 a 1884, Heureaux fue nombrado Presidente de la República y como tal hizo todo lo posible por atraerse a aquellos prominentes líderes rojos que se encontraban sin jefe por haber muerto recientemente Buenaventura Báez. Dos de esos líderes, Generoso de Marchena y Manuel María Gautier se convirtieron así, en poco tiempo en importantes asistentes políticos de Heureaux, quien les permitió recobrar parte de su perdida influencia a cambio de la lealtad a su persona de la antigua clientela política baecista que buscaba desesperadamente volver al poder.

De manera que mientras Luperón y muchos otros azules se contentaron con influir en el nombramiento de los Presidentes de turno, Heureaux fue más lejos incorporando a su servicio a los políticos rojos e integrando con ellos un grupo de poder con base en los partidarios sureños de Báez que le hizo ver las conveniencias de separarse de la tutela del gran caudillo Gregorio Luperón, quien hasta entonces había sido reconocido como jefe del partido azul. Heureaux

convino con los rojos en hacerse del poder con su apoyo y trabajó para lograrlo. Y gracias al apoyo del Sur y de los rojos arrancó de las manos de Luperón la maquinaria azul y logró instituir un régimen personalista que llegó a diferenciarse poco de los anteriores regímenes de Báez.

